



ALÍ CHUMACERO: VIDA Y POESÍA

• Juan José Reyes •

Alí Chumacero portaba todos sus mundos a la vez, con la sonrisa del que siempre anda en busca de palabras; una mirada breve, nerviosa, nunca fatigada y un aire donde se mezclaban cierta solemnidad y cierto aire de jolgorio apenas contenido, dicha inminente a cada paso. Su figura alta, como de árbol macizo ennoblecido con los años, soltaba soplos de energía y leves llamas de malicia o de inacabable inocencia. Alí daba la impresión de que no dejaba de estar saliendo de sí mismo, al tiempo que hacía crecer la zona amplia de sus secretos, su íntima leyenda, sus comuniones, sus memorias. Era un sauce, era una fuente, un apacible remolino sin descanso. Era palabras (“¿Cómo estás, hijo?”), y un seguro palmoteo sobre la espalda, la sonrisa satisfecha y la risa que emergía entre borbotones de sus labios pequeños, tímidos sólo en apariencia; líneas rojas y violetas que se tornaban grises al lado de una piel de textura blanda por la que el tiempo no pasaba. Alí era pura duración. Lo miro en el jardín de su casa de corte provinciano en el corazón de la Ciudad de México; vaso en mano, las gafas bien puestas, el ánimo abierto a uno de los ejercicios suyos más propios y más afortunados: la conversación. Escuchaba casi todo el tiempo, dejaba que los demás hicieran las escenas y crearan las atmósferas. De pronto, y sin falta, apuntaba con eficaz ironía bien envuelta, en un tono serio, solemne suavemente. Una sola frase, o dos, las palabras justas: una puya, un chiste inteligente, un recuerdo insospechado y oportuno; alguna imagen insólita que a todos hacía imaginar y repensar sus circunstancias. Miro a Alí, tan a menudo rodeado de buenos y pocos amigos, o de un montón de admiradores indisimuladamente ufanos de brindar, charlar, reír con una de las mayores presencias de las letras mexicanas.

Si alguien entre nosotros ha sido un hombre de letras en el sentido más pleno, ese ha sido Alí Chumacero. Y una de sus gracias mayores, infrecuente como bien sabemos en nuestro medio, consistía en no parecerlo, o mejor dicho en serlo de modo espontáneo: sin afectaciones, con preocupaciones y pasiones y emociones donde se entrecruzaban los hechos de la vida diaria y la literatura. Aunque en cada uno de esos campos se mantuvo naturalmente dentro de sus propios límites, el poeta supo ser simultáneamente un escritor “de tiempo completo, un hombre de su casa, un amigo, un hombre de las calles”. Fue, como decía Efraín Huerta al referirse a George Washington, “un bebedor de whisky, pero hombre”, un bebedor alegre, vivaz, inteligente.

Su poesía, influida por la de los Contemporáneos y por varias otras (como la francesa y en especial la Biblia), posee un poderoso aliento concentrado, generador de imágenes que remiten a nuevas realidades a partir de experiencias íntimas (el amor y las mujeres, las andanzas en la ciudad, la muerte y sus asedios) y a otras imágenes nacidas de la recreación misma de la poesía. Pocos conocieron como Alí Chumacero las letras y sus entrañas, literaturas de aquí y de allá, y sobre todo la literatura mexicana. Tales sabidurías viven en una obra poética originalísima en la que hacen alianza la expresión íntima y la savia misma de la literatura. A Marco Antonio Campos le dijo en una entrevista ejemplar: “El defecto de mi poesía es que no es plástica; es sugerente, impresionista. Es una poesía de trasfondos: hay algo detrás y detrás... Mi concepción estética, si pudiera llamarla así, sería la de la rosa que cae; escribir cosas que dicen otras cosas que dicen otras cosas que dicen otras cosas... Eso obedece a una manera de percibir, como lo hacía en la música Claude Debussy. En varios de mis poemas se advierte una evolución o desarrollo de impresiones conducidas hasta la final desintegración. Otro poema mío, “Salón de baile”, que no me desagrade, describe, en efecto, un salón de baile, pero tiene como trasfondo la vida misma, la vida misma como salón de baile. Todo se irá como el humo. Los sentidos, entonces, sirven para defenderse u oponerse a ese alud de destrucción que se nos cae encima, pero simultáneamente resultan útiles para que la conciencia arda por encima de esa constante destrucción’.”

Corrector, tipógrafo, editor, crítico puntual, Alí Chumacero hizo una obra poética formidable, profunda y breve, compuesta por *Páramo de sueños*, *Imágenes desterradas* y *Palabras en reposo*. Con sus amigos Leopoldo Zea, Jorge González Durán y José Luis Martínez hizo en los años treinta la revista *Tierra Nueva*. Luego fue animador y colaborador asiduo de las esenciales revistas de Octavio G. Barreda *Letras de México* y *El Hijo Pródigo* y del suplemento literario *México en la Cultura*. Con Octavio Paz, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis preparó la antología *Poesía en movimiento*. Había nacido en Acaponeta, Nayarit, en 1918 y pasó su infancia y el comienzo de su juventud en Guadalajara, Jalisco. Se estableció hacia sus quince años en la Ciudad de México, donde vivió estrecheces en el Centro y se dedicó a leer en la Biblioteca Nacional y a divertirse. Supo aliar en los negocios del mundo una radical formalidad y un sordo y eficaz espíritu festivo. Ninguno como él, un hombre de lo más querible, como un padre, un amigo siempre. Muchísimo le debemos todos, y le deben las letras nacionales, la industria editorial, la prensa cultural, la gran poesía.

